

Papeles

SOBRE ENRIQUE GONZALEZ ROJO

por Eusebio RUVALCABA

Lo conocí en la facultad de Filosofía y Letras, hace unos 10 años. Era mi maestro de materialismo histórico en la carrera de historia, que entonces yo cursaba. Me impresionaba por su profundo conocimiento del marxismo, por su gran capacidad didáctica y por su presencia: de inmediato se veía que era un hombre amable —aunque aguerrido—, sincero — aunque discreto—, culto —aunque modesto—.

Luego me enteré de que Enrique González Rojo era poeta. El mismo nos invitó a un recital de poesía: "Muchachos, ¿saben qué? Yo también soy poeta, y voy a leer mis poemas y, bueno, los estoy invitando". Debo confesar que fui movido por la simpatía que le guardaba, ya que la poesía, en aquella época, no me interesaba más que los campeonatos de polo hoy día. Pues bien: me sorprendí. Y lo recuerdo como si hubiese ocurrido hace una hora. Enrique González Rojo abrió un libro de Cuadernos Americanos —el formato y el diseño son inconfundibles—, el **Para deletrear el infinito**, e inició la lectura. Uno tras otro los poemas fueron penetrando mis oídos y violando mi imaginación, exaltando todas mis neuronas. Definitivamente yo era un perfecto ignorante — más que ahora—, un lector que se había quedado en Juan de Dios Peza. Aquella poesía ultrajante, humorística, desintoxicada, vital, aquella poesía de mi admirado maestro, renovadora y refrescante, me involucró al instante: porque me decía algo, porque me competía, porque me tocaba.

Entonces me fui de bruces. Al momento compré todos los libros que encontré de González Rojo. Me convertí en su lector más devoto y entusiasta. Este descubrimiento, unido a otras circunstancias personales de aquel tiempo, me obligaron a

escribir.

La producción de EGR siguió creciendo. Sus recitales proliferaron y su popularidad aumentó. Y yo, mientras tanto, lo seguía admirando —y lo sigo haciendo— desde mi sitio de amigo y lector.

“El Gallo Ilustrado”, 15 de abril 1984.